

Tomas de Mercado (1530-1576): dominico y economista

Miguel González Moreno

Resumen: En el presente trabajo se ofrece una semblanza de Tomás de Mercado, señalando los principales hitos en su trayectoria y aspectos de su biografía intelectual, a partir de la que reflexiona sobre aspectos básicos de la economía hispana del siglo XVI.

Palabras clave: Tomás de Mercado; escuela de Salamanca; escolásticos; Suma de Tratos y Contratos.

Códigos JEL: B0.

Andalucía se convierte en el referente económico de la Europa del siglo XVI, al ser la ciudad de Sevilla el centro neurálgico de las relaciones comerciales y financieras con las Indias recién descubiertas. El descubrimiento de América, junto con un incremento de la población y de la demanda de productos agrarios y manufactureros, da lugar a que el XVI sea el siglo del oro y de la plata, y nunca mejor dicho, en lo económico. Durante este tiempo y hasta el siglo XVIII la economía se encuentra muy ligada a la moral. Por ello, las nuevas prácticas mercantiles que surgieron a raíz del descubrimiento plantearon no pocos dilemas morales: la legitimidad del cobro de un interés, el enriquecimiento desmedido, la determinación del precio justo, etc. A estas y otras cuestiones trató de dar respuesta la denominada Escuela de Salamanca, en la que se formó un relevante economista sevillano del siglo XVI: el dominico Tomás de Mercado (1530-1576). Este escolástico tardío publica una obra que va a tener una gran influencia en su época: *Suma de Tratos y Contratos*. En ella, por una parte, ofrece un amplio abanico de respuestas a los interrogantes morales que se planteaban los mercaderes; y por otra, como ha señalado Schumpeter: en su obra Mercado intuyó, más o menos claramente, lo que se podría llamar la teoría cuantitativa del dinero, al intentar explicar el impacto inflacionista de la masiva llegada de metales preciosos procedentes de las Indias.

Pero en realidad, qué sabemos de un dominico sevillano, cuya vida transcurrió entre Sevilla, Salamanca y el México colonial; que conoció y analizó la vida económica de la España imperial; que es

TRATOS Y CONTRATOS DE MERCADERES
y tratantes disfididos y determinados, por
el Padre Presentado Fray Thomas
de Mercado, de la orden de los
Predicadores.



Con licencia y privilegio real.

EN SALAMANCA.
Por Mathias Gast. Año de
1569.

considerado por algunos el precursor de importantes teorías y el economista español más relevante de su época; y, en cualquier caso, es uno de los pocos españoles citado en la obra magna del pensamiento económico: la *Historia del Análisis Económico* de J.A. Schumpeter.

Con toda franqueza, muy poco. Tomás de Mercado nació en Sevilla en 1530 y falleció en 1576, al contraer una grave enfermedad en un barco mien-

tras viajaba entre España y México. Sus restos mortales fueron arrojados al mar frente a la costa de San Juan de Ullúa (Veracruz). Sin embargo, a veces no se requiere una profusión de fechas concretas y hechos biográficos detallados para alumbrar las claves que nos ayuden a desentrañar los entresijos del pensamiento de una persona: ¿Por qué Tomás de Mercado centró su atención en unos temas y no en otros? ¿De qué corrientes de pensamiento y autores fue deudor? ¿Por qué interpretó la realidad económica de su tiempo de la forma en que lo hizo y no bajo otros postulados? ¿Por qué un clérigo dominico del siglo XVI reflexionó sobre cuestiones económicas (el funcionamiento de los mercados de bienes y monetarios, el comercio, el aumento de los precios, la usura, etc.); y, además con originalidad, inteligencia y agudeza? En resumen: ¿Cuál es la biografía intelectual de Tomás de Mercado, a partir de la que reflexiona sobre aspectos básicos de la economía hispana del siglo XVI, siendo su obra el resultado de la simbiosis entre su esquema analítico y la realidad?

Las coordenadas básicas de su pensamiento filosófico y económico están definidas por su condición de teólogo, escolástico y dominico, con una sólida formación doctrinal y universitaria, miembro de la Escuela de Salamanca; y a la vez hombre cosmopolita y viajero, perfecto conocedor de la realidad hispana (Sevilla, Salamanca) e indiana (México). Estamos, por tanto, ante un economista poliédrico y único en su época: un escolástico tardío, conocedor de primera mano del mundo real, y que vivió en los dos observatorios privilegiados del panorama económico del siglo XVI: Sevilla y México.

La principal connotación cultural e ideológica de Tomás de Mercado, aunque de tan obvia se olvida y minusvalora, es que era un clérigo: era miembro de una orden mendicante (los dominicos) y su formación fue eminentemente escolástica; en aquel entonces difícilmente podía ser de otra forma. En consecuencia, el ideario filosófico y económico de Mercado, al igual que el del conjunto de doctores escolásticos, se asentaba en diferentes cimientos: la Biblia, la Patrística, el Derecho Canónico, la filosofía griega y el Derecho Romano. Los referentes intelectuales de Tomás de Mercado, como puede observarse, son los propios de un doctor escolástico de la orden dominica.

De esta manera, el acervo intelectual del que se nutre Mercado hunde sus raíces en la tradición, pero su espíritu cosmopolita, su apertura mental al mundo que le rodea y la decisión de plasmar sus ideas en castellano y no en latín, hicieron de él un escolástico distinto y, hasta cierto punto, un hombre-puente

entre la escolástica tardía y las nuevas corrientes de pensamiento que alumbraba el Renacimiento.

Distintas ciudades marcaron el itinerario vital e intelectual de Tomás de Mercado. En México encauzó su vocación religiosa e inició y desarrolló su carrera académica. En Salamanca maduró su pensamiento y, a través del Convento de San Esteban y de la Universidad, entró en contacto con el legado más puro de Francisco de Vitoria y de Domingo de Soto. Pero si hay una ciudad significativa en la biografía de Mercado, ésta es Sevilla. No tanto por ser su lugar de nacimiento, sino porque la Sevilla del XVI constituye el marco de referencia de su obra magna: *Suma de Tratos y Contratos*.

El dominico sevillano es un testigo directo de cómo el comercio indiano transforma económica, social y culturalmente la capital hispalense. En este caso, el desarrollo comercial y financiero es la palanca que impulsa el dinamismo social y el renacimiento cultural. Esta secuencia, inadvertida u olvidada, fue apuntada con pluma maestra por Antonio Domínguez Ortiz en el que sigue siendo un estudio insustituible sobre la Sevilla de aquella época (*Orto y ocaso de Sevilla*): «Hemos concentrado nuestra atención en las manifestaciones externas más brillantes del Siglo de Oro: el Arte, la Ciencia, la Literatura, y no hemos parado bastantes mientes en el substratum, en el cimiento humilde y sólido que sostiene todo este edificio; pues claro está que sin la acumulación de riquezas que se realizó en Sevilla; ni hubiesen existido tantos Mecenas espléndidos, ni se hubiesen podido costear tantas obras magníficas, y más de un genio hubiere quedado sumergido en el olvido; nuestros escritores y artistas han sido estudiados con todo el cariño que merecen, pero nuestros artesanos, industriales y financieros, han merecido escasa atención».

Representa Sevilla, pues, el microcosmos económico del siglo XVI. A él se asoma un fraile dominico formado en las enseñanzas y en el espíritu de la Escuela de Salamanca, y el panorama que observa despierta su curiosidad intelectual, pero también le suscita no pocas cuestiones morales. Aunque dominico y escolástico, no por ello Tomás de Mercado cierra los ojos a la realidad económica y social que le rodea. Asiste a la transformación de una ciudad en la metrópoli mundial del comercio y las finanzas, a la que acuden mercaderes, comerciantes y banqueros con la pretensión de hacer negocios y enriquecerse; pero a la que también llegan pícaros, menesterosos, vagabundos...; no en vano fue Cervantes quien calificó a Sevilla de «refugio y amparo de los desesperados de España». Esta cruel convivencia entre la



abundancia y la necesidad no debió pasar desapercibida para Mercado, de ahí que en plena vorágine de enriquecimiento recordase la obligación moral de ajustarse a las reglas de la justicia en las operaciones económicas.

No obstante, en Mercado no hemos de ver la figura del religioso que pontifica desde el desconocimiento y de espaldas a la realidad. Conoce de primera mano lo que ocurre en Sevilla: se relaciona y habla con los mercaderes y algunos de ellos le exponen sus problemas de conciencia; recorre las gradas en las que se realizan todo tipo de operaciones comerciales y financieras; no es ingenuo, y se da perfecta cuenta de cómo se agudiza el ingenio económico para sortear los escrúpulos religiosos existentes acerca del afán de lucro y de la usura; visita con frecuencia el puerto, observando qué se exporta a las Indias y qué traen los navíos procedentes de allí; intuye que el oro y la plata de América no están contribuyendo al desarrollo de la economía castellana, cada vez se importan más productos extranjeros y con perplejidad se sospecha que los metales preciosos igual que entran, salen para financiar sueños y bancarrotas imperiales; no vivirá para experimentarla, pero intuye signos que constituyen la antesala de la decadencia.

Parfraseando al añorado D. Antonio Domínguez Ortiz, Tomás de Mercado fue testigo del orto y anunciador del ocaso de Sevilla.

Aunque en cualquier caso tal vez lo hubiese hecho, atendiendo al requerimiento de un experimentado mercader, Angelo Brunengo, y posiblemente del Consulado de Mercaderes de Sevilla, Mercado decide plasmar sus experiencias del mundo mercantil sevillano y su filosofía moral práctica en un libro escrito en un castellano claro para que le entendiesen los mercaderes: la *Suma de Tratos y Contratos*. Aunque se titula *Suma*, propiamente no es este tipo de escrito. Puesto que Mercado no pretendía advertir a las autoridades sobre la gravedad y la necesidad de solucionar los problemas económicos, no escribió un Memorial, como por ejemplo hizo Luis Ortiz en 1558; tampoco confeccionó un tratado de filosofía moral, como fue el caso de Domingo de Soto, ya que su intención no era teorizar; por ello su obra guarda más semejanzas con los escritos que perseguían la orientación moral de las conductas: los *Manuales de Confesores*, al estilo del redactado por Martín de Azpilcueta. Así pues, la *Suma de Mercado*, a juicio de N. Sánchez-Albornoz, «fue redactada para guía moral e intenta por consiguiente dilucidar las cuestiones de conciencia que la actividad comercial suscitaba día a día. Que el destinatario fuera el mercader y no el confesor poco hace a su carácter preceptivo».

Este libro es un retrato intelectual de su autor y una radiografía económica de su época. En correspondencia con los aires renacentistas y humanistas está redactado en castellano y no en latín; y, además, versa sobre hechos reales y cotidianos que acontecen en el campo mercantil y financiero. Por tanto, siguiendo la estela original de la Escuela de Salamanca, incorpora elementos nuevos, adoptando una moral práctica, alejada del rigor y del dogmatismo característico de la medieval. Pero junto a lo novedoso, la obra de Mercado sigue anclada en la tradición en dos aspectos esenciales: las fuentes epistemológicas y la orientación moralizadora. En el fondo, su condición de dominico le ata a las raíces de la escolástica medieval; por ello, sus pilares doctrinales están cimentados en el tomismo y el objetivo último de su obra es encauzar las conductas de los mercaderes por el camino de la moral católica. La brillantez de sus descripciones del mundo comercial y financiero, tanto del castellano como del indiano, no puede ocultar su verdadera intención: «Yo no quise en este opúsculo ser predicador sino doctor, no retórico facundo y elegante sino teólogo moral, claro y breve. Así, no escribo persuadiendo y exhortando lo mejor y más seguro, sino enseñan-

do lo que es lícito e ilícito. En lo demás, cada uno se aconseje con su confesor..., mi fin será mostrar qué intento debe tener el mercader en sus negocios, qué medios ha de escoger, para que pueda ganar de tal modo su vida que no pierda la futura». Estamos, pues, ante una obra representativa del ideario de su autor y de la España del XVI, donde tiene cabida lo nuevo y lo tradicional, las reminiscencias medievales y los aires renacentistas, la atmósfera clerical y la corriente humanista.

La trascendencia de la Suma de Tratos y Contratos radica en que es la obra que atesora la descripción más completa y fiel de la vida económica de una época clave de nuestra historia, y recoge las reflexiones de un fraile sevillano sobre el mundo económico del siglo XVI: la Suma de Tratos y Contratos es uno de los mejores cuadros económicos y sociales del dieciséis español. A través de las descripciones y de las consideraciones de Tomás de Mercado observamos que en dicha centuria no sólo se produjeron profundos cambios y reformas en los terrenos filosófico, científico, religioso y político, sino también en el campo económico.

En verdad la obra de Mercado desborda cualquier síntesis. Nada mejor y más gratificante que aventurarse en su lectura. A través de ella nos encontramos en pleno siglo XVI: en la Sevilla del Siglo de Oro, pero también del oro y de la plata. Asistimos a la transformación urbanística, social y económica de una ciudad; recorreremos las calles comerciales, en las que mercaderes venidos de todo el mundo compran y venden productos de mil formas contractuales distintas, con un irrefrenable afán de enriquecimiento y con el punto de mira económico puesto en las Américas; comprobamos que Sevilla no es sólo centro del comercio mundial, sino también plaza financiera, pues en ella bullen los cambistas y los banqueros al reclamo del auge comercial y de la llegada de metales preciosos; nos trasladamos al puerto, punto neurálgico de la España imperial, en él atracan y zarpan barcos cargados de cuantiosas y valiosas mercancías, pero también por él corre un torrente de noticias (naufragos, motines, navíos en camino, etc.); conocemos Sevilla, sí, pero también Flandes, Florencia y las ferias de Medina del Campo, Villalón o Ríoseco; se nos muestra al detalle el *modus operandi* de los mercaderes (cómo hacer para comprar barato y vender caro), de los cambistas (cómo enmascarar una operación en divisas para que no sea catalogada como usurera), y de los banqueros (cómo justificar el cobro de un interés por la concesión de un préstamo); y, por último, en medio de todo este bullicio comercial y financiero aparece la figura de un dominico que pretende reconducir

moralmente la conducta humana en un entorno dominado por un ansia desmedida de enriquecimiento: puede que su misión fuera vana, pero a cambio nos legó una obra esencial para el conocimiento de nuestro pasado.

La cosmovisión económica de Mercado se bifurca en dos caminos que corren paralelos: la descripción de la realidad económica (plano aplicado) y la enunciación de lo que hoy denominaríamos teorías económicas (plano teórico). En el primer caso, la información obtenida gracias a sus agudas y penetrantes dotes de observador del escenario comercial y financiero hispanoamericano, a su condición de confesor de mercaderes tanto en Sevilla como en México, y a los vínculos que tenía con el Consulado de Mercaderes de la ciudad hispalense; le permite abordar de forma detallada dos temas cruciales en los años centrales del XVI: el comercio y los cambios. En el caso de las contribuciones teóricas, sin ánimo alguno de erigir a Mercado en precursor de análisis económicos modernos, encontramos perfiladas con distinto grado de concreción tres relevantes teorías: valor, precio y monetaria.

Ahora bien, el reconocimiento del valor analítico de la Suma no puede hacernos olvidar algunas cuestiones previas, que no por conocidas son menos relevantes.

En primer lugar, a pesar de todo, la Suma no es un tratado de economía. Por tanto, es inútil buscar en ella un cuerpo teórico perfectamente delimitado y sistematizado. En segundo término, los planteamientos económicos de Mercado son fruto de sus dotes de observación e interpretación de la realidad socioeconómica de su tiempo; en consecuencia sus razonamientos económicos se encuentran dispersos a lo largo de los dos Libros de la Suma donde se describe el mundo mercantil de aquel tiempo: Libro II (Del arte y trato de mercaderes) y IV (De cambios). Y por último, para llegar hasta el núcleo de la argumentación económica de Mercado es preciso retirar la capa moral que recubre toda su obra, porque por muy práctica que fuese y pegada a la realidad que estuviese, al fin y al cabo no dejaba de ser moral.

En conclusión, no se trata de nombrar a Mercado pionero de teorías económicas modernas; pero sí de reconocer sus contribuciones y de valorarlas en su justa medida, como ha hecho uno de los mejores conocedores y estudiosos del pensamiento económico en España, el profesor Manuel Martín, para quien Mercado es «el mejor economista español de un siglo en el que la economía mundial giraba en torno a las gradas de Sevilla».